

Lamentable malentendido

Alberto Flores Galindo

HACE APROXIMADAMENTE cincuenta años, al terminar la década de 1920, Mariátegui fundó una manera peruana de pensar el marxismo entre otras fuentes, a partir de un descubrimiento de la tradición andina: la historia del Perú habría seguido un derrotero peculiar y equidistante a Europa desde su remoto origen. En los territorios del Perú, Bolivia y Ecuador se asiste a una prolongación de los rasgos de comunismo primitivo, en comunidades locales que a su vez aparecen articuladas con una poderosa formación estatal, todo lo cual impide asimilar estas sociedades al esclavismo o el feudalismo desarrollados en la Europa Occidental. Con la conquista desaparecerá el Estado, pero no así el colectivismo agrario que conseguirá persistir hasta el siglo XX, en conflicto tanto con el feudalismo de las haciendas andinas, como con el capitalismo emergente en las ciudades, los campamentos mineros o las plantaciones azucareras. Una tarea imprescindible de la historia

marxista en el Perú era descubrir la especificidad de nuestro pasado, aquello que nos diferenciaba de los europeos, a la par que rastrear todos esos elementos que desde las épocas más remotas se prolongaban en el presente.

Hay mucho de discutible y obsoleto en los análisis de Mariátegui sobre la sociedad Incaica. Era además poco lo que se conocía acerca de las civilizaciones anteriores y la antropología económica casi si se iniciaba en el país. Sin embargo, sigue teniendo validez la manera de razonar, la perspectiva desde la cual marxismo e historia andina confluyen en un proyecto que interesado en descubrir al Perú, reivindicaba al campesinado y su historia.

Lamentablemente, la crítica emprendida en los años 30 y 40 contra Mariátegui, las acusaciones de "populista" por su defensa de la comunidad, llevaron a que marxismo e historia andina se convirtieran en una disyuntiva. Es así como los indigenistas acabaron enrumbandose hacia posiciones conservadoras o

en todo caso, como lo ilustra Arguedas, se redujeron a una labor alejada de cualquier militancia política, poco comprendida e incluso menospreciada por el dogmatismo imperante en el marxismo.

Una consecuencia de todo este proceso es que cuando en 1955 un antropólogo provisto de un cuidadoso dominio sobre los cronistas procede desde preocupaciones originalmente marxistas a una relectura de la sociedad incaica, ofreciendo una imagen que se alejaba de la alternativa dogmática (esclavismo o feudalismo), para subrayar la especificidad de una formación social, termine recibiendo apenas algunas críticas menospreciativas de marxistas para los cuales sus tesis que no se ajustaban a los cánones de Engels y Morgan, eran elaboraciones antagónicas con el materialismo histórico: nos referimos a ese estudio fundado que es la organización económica del Estado Inca de John Murra.

Los planteamientos de Murra acabaron recogidos por antropó-

logos e historiadores en su mayoría conservadores. A su vez el pensamiento de Murra también varió. El stalinismo ofrecía el ejemplo trágico de un socialismo construido a costa de los campesinos y cualquier versión diferente era motejada de populista: Chayanov fue un autor proscrito de toda biblioteca marxista. En el Perú el proyecto de Mariátegui por concebir un socialismo construido en función del campesinado y su historia había sido olvidado. La continuidad existente entre Mariátegui y Arguedas parecía esfumarse, de manera que no extrañó que en su defensa de lo andino, Murra comenzara a proponer un tipo de análisis en el cual la insistencia en las permanencias ocultara el cambio y las tensiones sociales, para terminar encajando una imagen casi ahistorica —exacerbada por sus discípulos— del "hombre andino", tan igual hoy como ayer, en Andamarca como en San Cosme.

Tal vez estas anotaciones ayuden a entender por qué entre

Murra y la nueva historiografía marxista peruana ha surgido un malentendido, mejor dicho una evidente ignorancia que lleva a procribir, por ejemplo, de los seminarios y cursos de San Marcos a uno de los pocos libros cabalmente marxistas sobre nuestra historia.

Ocurre —para mostrar la pertinencia de estas anotaciones— que la historiografía marxista no puede emplear a Marx como un recurso retórico, ni tampoco limitarse a sustituir a héroes y personajes de la historia tradicional; debe esforzarse por descubrir la especificidad de nuestra tradición histórica, lo cual no puede hacerse aplicando mecánicamente conceptos y menos trasladando métodos de otras historiografías, como la polaca o la francesa, sino únicamente encontrado una manera propia de pensar nuestra historia, como lo hizo Arguedas en la ficción literaria y antes lo había intentado Mariátegui en sus 7 Ensayos. En esta tarea leer a Murra desde el marxismo —crítica y polémicamente— es imprescindible.

La tragedia de Louis Althusser

K.S. Karol

EN LA MAÑANA del domingo 16 de noviembre, Helene Althusser, esposa del filósofo Louis Althusser, fue encontrada muerta en su departamento de la Escuela Normal, en la rue d'Ulm (París). El filósofo, en pleno delirio, se acusaba de haberla estrangulado. El doctor Etienne, médico de la Escuela, y el vicedirector, tuvieron que dominarlo con la ayuda de un guardián para poder internarlo en Sainte-Anne. Nadie en la rue d'Ulm —ni entre los amigos personales de Althusser— quería creer que Louis hubiera podido realmente matar a su mujer. Sin embargo, los primeros resultados de la autopsia, comunicados verbalmente, permitieron constatar que Helene tenía la laringe fracturada, lo que probaría el estrangulamiento.

Esta tragedia no era más que la culminación del terrible calvario vivido por un hombre que luchaba desde hacía dieciocho años contra una grave enfermedad psíquica. Althusser, el día de los hechos, ya no estaba evidentemente en capacidad "de escuchar ni de querer", al punto que cuarenta y ocho horas después, en el hospital Sainte-Anne, el juez de instrucción tuvo que renunciar a comunicarle su inculpación. Las insinuaciones (de cierta prensa) de que se habría beneficiado con un tratamiento de favor en razón de su renombre, son indecentes, pues si un filósofo no debe estar por encima de la ley, no puede estar tampoco privado de su protección cuando ésta proclama, como lo hace el Código Penal francés, que "no hay crimen ni delito cuando el inculpado se encuentra en estado de demencia en

el momento de los hechos".

Al morir, Helene tenía setenta años, ocho más que Louis Althusser. Pequeña, de apariencia frágil, era, sin embargo, esbelta, elegante, y su viveza de espíritu era algunas veces acerba. Procedía de una familia judía muy pobre y se abrió camino con su propio esfuerzo, primero estudiando letras y luego tratando suerte en el mundo del cine (fue asistente de Jean Renoir). Después vino la negra noche de la ocupación: Helene, al unirse de inmediato a la Resistencia, donde se convirtió en "Mademoiselle Legothien", no llevó nunca la estrella amarilla. Vinculada inicialmente a Albert Camus y su grupo, se convirtió luego en agente de contacto de los Francs-Tireurs et Partisans franceses. En esta época adhiere al Partido Comunista, cuyas filas activas abandonará sólo en los años sesenta, sin dejar por ello su condición de militante.

Por lo que se sabe, esta mujer de acción fue quien llevó a Louis Althusser, joven filósofo de origen católico, hacia el comunismo. Althusser, que había pasado la guerra en un campo de prisioneros en Alemania, sentía una evidente admiración por la "combatiente verdadera" que era Helene, sobre todo después que ésta, convertida en socióloga, continúa sus investigaciones sobre el terreno, "entre las masas", en lugar de permanecer encerrada, como él, ante un escritorio. En realidad, Helene nunca dejó de trabajar. Durante casi veinte años, hasta el momento de su retiro, desarrollará sus trabajos para la Sociedad de Estudios para el Desarrollo Económico y Social, ya sea en el mundo campesino, o

en el medio urbano, o estudiando ciertos problemas del tercer mundo. Jubilada en 1976, continuó sin embargo sus estudios y preparaba un trabajo sobre las familias obreras de la cuenca del FOS.

No es fácil trazar los itinerarios entrecruzados de personas tan diferentes como Louis y Helene. Mientras en el dominio de las ideas y en la lucha política ella estaba siempre en la sombra, fuera de la escena pública, su papel se convertía en primordial, en cambio, en todo lo que tocaba la enfermedad psíquica de su marido. Ya sea por discreción o por no tener que sufrir los inconvenientes, muchos de los alumnos de Althusser, de sus amigos en el mundo de la cultura y de la política, preferían ignorar este aspecto doloroso de su vida. Sin embargo, se sabía que desde 1962, el filósofo era víctima de depresiones cíclicas que habían terminado por llevarlo a internamientos en clínicas cada vez más frecuentes. En cada oportunidad, y con grandes esfuerzos de voluntad, él volvía a escribir, a participar en seminarios, a librar batallas políticas, aunque siempre temiendo las recaídas que él consideraba inevitables.

Nuestras sociedades tienen tanto temor a las enfermedades mentales que huyen de aquellos que han sido tocados, confiándolos a instituciones —clínicas— o a sus familias. En el caso de Althusser, la familia se reducía a Helene. Fue ella entonces quien, en el curso de largos años, tuvo que compartir las angustias de su esposo, atormentada ella misma y atormentándolo a su vez. Si es ya tan difícil para un psicoana-



Louis Althusser

lista encontrar las palabras que ayuden a un enfermo a atravesar su pesadilla, qué decir de alguien cercano, de una esposa. Es tan duro, en algunos momentos, no dejarse arrastrar por la luzidez destructora de los deprimidos en crisis. Así fue que Louis y Helene, que no podía vivir el uno sin el otro, no podían encontrar la paz el uno con el otro.

El domingo 16 de noviembre, ella estaba muerta, el rostro en calma, los ojos cerrados. Este desenlace no tuvo testigos, y no sabemos nunca lo que realmente pasó en aquella madrugada fatal. El espíritu de Louis Althusser está demasiado perturbado para que pueda decir algo. Son los dioses, decían en la antigüedad, los que envían la locura a los hombres para que los arras-

tre fuera de sí mismos. Helene ya fue la víctima, Louis lo es todavía. A ella ya no podemos sino mantenerla en nuestras memorias, recordar el papel que jugó al lado de Louis Althusser. Por él, en cambio, aún podemos intentar algo: hacer todo lo posible para que a su desesperación no se agregue el sufrimiento de un internamiento que no ofrecería las mejores condiciones para su mejoría. Pues a sus amigos, a los que de un modo u otro aprovechamos, desde hace mucho o poco tiempo su brillantez intelectual, su integridad moral, no nos queda sino esperar que pueda volver a él un día, más allá del drama, la paz interior.